

Cultura, Hegemonía y Experiencia. Tres conceptos para actualizar el legado de los Estudios Culturales.

Kejner, Julia Monasterio, Julio.

Cita:

Kejner, Julia Monasterio, Julio (2017). *Cultura, Hegemonía y Experiencia. Tres conceptos para actualizar el legado de los Estudios Culturales. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/446>

XVI JORNADAS INTERESCUELAS

9, 10 Y 11 DE AGOSTO DE 2017

Universidad Nacional de Mar del Plata

Mesa 80: Resistencias y conflictos. Luchas sociales y políticas en relación a los procesos de acumulación y hegemonía en América Latina de las últimas décadas (1950-2015)

Autores: Lic. Julia E. Kejner (IPECHS – UNCo- CONICET)

Mg. Julio C. Monasterio (UNCo-Ceapedi)

Correo electrónico: juliakejner@gmail.com - monasteriojulio@gmail.com

Título de la ponencia:

Cultura, Hegemonía y Experiencia.

Tres conceptos para actualizar el legado de los Estudios Culturales

Publicación: Para publicar en actas

1. Introducción

En la actualidad los sujetos se constituyen fundamentalmente a partir de las industrias culturales y de los bienes simbólicos con los que entran en contacto. Los mecanismos de significación y los objetos culturales son así elementos centrales para la comprensión no sólo de los procesos de construcción identitaria, sino también del mundo social y sus desigualdades. Pues la distribución despareja de los medios de producción y los modos en que se construyen significados culturales y políticos establecen “diferencias que se

transforman en jerarquías y modos asimétricos de acceder a [y participar de] todo tipo de recursos”¹.

En este sentido, las diferencias de poder se crean y reproducen no sólo por las condiciones materiales, sino también a través de discursos y prácticas que van configurando un entramado cultural, el cual se presenta como “natural”, aún cuando el mismo no es más que un artificio. La desarticulación de ese entramado y su análisis en pos de figurar un cambio, podría ser definido como un elemento central de los llamados Estudios Culturales de Birmingham. Con ánimo de comprender cómo se crean esos entramados de poder, de qué manera ellos ejercen presiones y límites que coaccionan las posibilidades de un cambio social y los modos en que se podrían idear re-configuraciones, nos proponemos, en este trabajo, recuperar tres obras de los Estudios Culturales de Birmingham que Stuart Hall define como fundantes², debido a que las mismas permiten pensar en “rupturas significativas” que dan cuenta de la complejidad del entramado social. Éstas son: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, de Richard Hoggart -1957-; *Cultura y Sociedad*, de Raymond Williams -1958- y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Edward P. Thompson -1963-³.

Estos escritos fueron producidos en la Inglaterra de posguerra, en un contexto de cambios socioculturales fuertes, como los procesos inmigratorios, las nuevas relaciones internacionales, el impacto de la cultura estadounidense y las modificaciones organizativas de la clase trabajadora⁴. Asimismo, fueron estas obras las que promovieron la institucionalización de los Estudios Culturales a través de la creación, en 1964, del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos⁵.

1 Reygadas en Víctor Vich, *Desculturizar la cultura: La gestión cultural como forma de acción política*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2014, p. 18.

2 Cabe destacar que los Estudios Culturales atravesaron diferentes etapas y sus diseminaciones fueron sumamente variadas. Por una cuestión de extensión del trabajo no profundizaremos en este aspecto pero sí mencionaremos dos vertientes importantes surgidas con posterioridad a esta primera etapa: la primera puso un énfasis sustancial en los estudios sobre recepción (Cfr. David Morley, *Televisión, Audiencias y Estudios Culturales*. Buenos Aires, Amorrortu. 1996; Roger Silverstone, *¿Por qué estudiar los medios?*. Buenos Aires, Amorrortu. 2004; Ien Ang, “Cultura y Comunicación: Por una crítica etnográfica del consumo de medios en el sistema mediático transnacional”. En *Causas y Azares*, N° 1, Buenos Aires. 1994) y la segunda, es una vertiente latinoamericana que se centró principalmente en el estudio de las mediaciones sociales (Cfr. Jesús Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, Cultura y Hegemonía*. México, Gustavo Gili. 1987; Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Barcelona, Ed. Paidós. 1990).

3 Cfr. Stuart Hall, “Estudios culturales: dos paradigmas”. En: *Causas y Azares*, Año 1, N° 1, Buenos Aires. 1994.

4 Cfr. Lawrence Grossberg, *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI. 2012.

5 El Centro de Estudios Culturales Contemporáneos respondió a un clima de época de posguerra y también a la necesidad de quienes lo gestaron de construir un espacio para la formación de un intelectual comprometido con la realidad social, que en las universidades estaba siendo marginado. En este sentido, Hoggart funda el Centro

En el presente trabajo nos proponemos tomar los escritos mencionados como corpus, con el objetivo de distinguir y comparar las distintas contribuciones que realizaron estos autores en torno a los conceptos de cultura, hegemonía y prácticas subalternas. Nuestro propósito es poder problematizar cómo estos aportes contribuyeron al desarrollo de una teoría crítica de la cultura y, al mismo tiempo, actualizar el legado de los Estudios Culturales para pensar modos de indagación en territorios “periféricos”, como el de la Norpatagonia argentina.

2. Cultura y contextualismo radical: desarticulación y rearmado del entramado social

Los Estudios Culturales de Birmingham propusieron pensar la cultura histórica y materialmente, como un espacio indisociable de lo político y de lo económico. En este sentido, su enfoque se caracterizó por estudiar los procesos culturales de manera relacional, es decir, por comprender a los actores individuales y las formas colectivas como cristalizaciones específicas de relaciones sociales tomadas en contextos sociohistóricos diversos⁶.

Raymond Williams define a la cultura como una interacción constante de instituciones, modales, hábitos de pensamiento e intenciones y formaciones de diversas clases sociales. Ella es un corpus que cada generación recibe y “es siempre y por fuerza algo más que el producto de una sola clase”⁷, pues aún cuando exista una clase que es hegemónica, siempre es “posible que miembros de otras clases contribuyan a la reserva común y que esos aportes no se vean afectados por las ideas y valores de la clase dominante o que se opongan a ellos”⁸. En este sentido, la concepción de Williams rompe con la división entre la alta y la baja cultura, argumenta que ésta puede encontrarse en la vida cotidiana y, lo que es central, entiende que la selección y actualización del corpus heredado es un ejercicio activo en el que participan tanto las clases hegemónicas, como las subalternas conformando una compleja “cultura en común”. Su definición de cultura implica así un consenso, pues la misma significaría la suma de las interrelaciones de las prácticas sociales de una comunidad y “la suma de las descripciones

con el fin de poner en tensión las formas vigentes de construcción del conocimiento (su validez, desde dónde, para qué y para quiénes) y los lugares canónicos/hegemónicos desde los cuales pensar la(s) cultura(s). Cfr. Lawrence Grossberg, *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI. 2012.

6 Cfr. Philippe Corcuff, *Las nuevas sociologías: Principales corrientes y debates, 1980-2010*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2013.

7 Raymond Williams, *Cultura y Sociedad*, Buenos Aires: Nueva Visión. 1958, p. 262.

8 *Ibid.*, p. 262.

disponibles a través de las cuales las personas y las sociedades confieren sentido a, y reflexionan sobre sus experiencias comunes”⁹. Claro que, desde la perspectiva de Williams, para que se concrete una cultura auténticamente común, será necesario un contexto de comunidad material y un proceso democrático pleno.

A diferencia de Williams, el historiador marxista Edward P. Thompson¹⁰ propone una definición de cultura que acentúa el aspecto conflictivo de la misma. Para él la invocación al consenso que conlleva el término cultura distrae “la atención de las contradicciones sociales y culturales, de las fracturas y las oposiciones del conjunto”¹¹ que se dan al interior de ese concepto. Es por ello que su definición enfatiza la confrontación entre clases:

[la cultura no puede ser comprendida como] el ámbito insustancial de los ‘significados, las actitudes y los valores’”, sino que debe entenderse dentro de un equilibrio determinado de relaciones sociales, un entorno laboral de explotación y resistencia a la explotación, de relaciones de poder¹².

Del mismo modo, argumenta que la cultura es un conjunto de prácticas y normas, de experiencias que se actualiza estratégicamente a lo largo de generaciones para conformar un bagaje del cual proveerse. Thompson entiende a la cultura como “costumbres en común”, las cuales no son inmodificables, ni autónomamente producidas por un grupo social, sino que ellas son “un campo de cambio y de contienda, una palestra en la que intereses opuestos hac[en] reclamaciones contrarias”¹³.

En este sentido, Williams y Thompson señalan que la cultura es la que organiza las relaciones de poder entre las clases en un orden social que se presenta como natural. Sin embargo, mientras que Williams se concentra en las instituciones y formaciones, es decir en los sistemas donde ya convergen diversos recursos, producto de relaciones de poder entre clases;

9 Raymond Williams en Stuar Hall, “Estudios culturales: dos paradigmas”. En: Causas y Azares, Año 1, N° 1, Buenos Aires. 1994, p. 29.

10 El desarrollo teórico de Thompson se basa en el estudio de la cultura plebeya del siglo XVIII. Él estudia principalmente la dimensión cultural de esta clase, a partir de reconstruir las formas de vida de los trabajadores ‘preindustriales’, sus modos de entretenimiento, la prensa, los consumos y los modos de autoformación.

11 Edward P. Thompson, “Introducción: costumbre y cultura”, en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica. 1990, p. 19.

12 Edward P. Thompson, “Introducción: costumbre y cultura”, en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica. 1990, p. 20.

13 Edward P. Thompson, “Introducción: costumbre y cultura”, en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica. 1990, p. 19.

Thompson pone el acento en la los elementos conflictivos que requieren “un poco de presión (...) para cobrar forma de sistema”¹⁴.

Richard Hoggart, a diferencia de los autores mencionados anteriormente, trabaja con un concepto de cultura más estanco que elude justamente las disputas de poder entre las clases. Siguiendo a Stuart Hall¹⁵, podemos afirmar que en Hoggart la noción de cultura es más bien descriptiva, en tanto la entiende como un núcleo duro que conserva la esencia barrial y en donde se ausentan las relaciones de fuerza. Aún cuando separa y confronta la cultura obrera de la burguesa -al trabajar con el binomio “ellos” y “nosotros”-, las complejas relaciones de poder no son desmenuzadas porque entiende a la cultura como un cierto estado de relaciones y modos de vida puros y auténticos de una clase. La lectura de Hoggart se presenta así romántica y sustancialista porque su propósito es valorar y preservar la cultura tradicional de la cultura de masas. Esta última es presentada como un agente externo peligroso que podría contaminar la cultura obrera:

(...) los residuos de lo que era, por lo menos parcialmente, una cultura urbana popular, están siendo destruidos, y la nueva cultura urbana de masas es en muchos aspectos menos sana que la cultura primitiva a la que intenta reemplazar¹⁶.

En este sentido, su texto no se detiene en las relaciones de poder, ni en la capacidad de agencia de las clases sociales para transformar el legado que heredan. Sin embargo, merece ser recuperado porque complejiza los modos de conocimiento de las clases sociales y fundamentalmente innova en la metodología. Pues Hoggart es el primero en proponer un análisis de la cultura de la clase obrera que desestima la utilización de indicadores estadísticos y, en cambio, propone combinar elementos del análisis crítico-literario (método propio para el estudio de la alta cultura) y de la etnografía (y/o autoetnografía). A través de estos métodos el autor busca leer “el tono”, esto es, los hábitos, gustos y modos de vida de la clase obrera para comprenderla “en toda su complejidad psicológica, cultural y estética”¹⁷.

Las contribuciones de estos tres fundadores de los Estudios Culturales de Birmingham radican entonces en primer lugar, en abordar la dimensión cultural de una sociedad en sus relaciones no escindibles con lo económico, lo político y lo social. En segundo lugar, sobre

14 Edward P. Thompson, “Introducción: costumbre y cultura”, en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica. 1990, p. 19.

15 Cfr. Stuart Hall, “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Samuels, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica. 1984.

16 Richard Hoggart, *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo XXI. 1957, p. 35.

17 Lawrence Grossberg, *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI. 2012, p. 26.

todo Williams y Thompson, permiten sortear los posicionamientos esencialistas, al definir a la cultura como un terreno de batalla en el que la selección que las distintas clases hacen se da en el marco de una puja por configurar el entramado social que conforma la “tradición” o la “costumbre en común”. Esto hace que la dimensión cultural sea un elemento central de cualquier análisis sociohistórico, en tanto, allí hay un terreno de disputa que no está determinado por la base económica, pero que tampoco funciona independientemente por la voluntad de los individuos.

En este sentido, su definición de cultura es fuertemente política, pues los autores señalan el poder de las clases subalternas, que aún estando en desventaja, pelean por el conjunto de significados, prácticas y valores que estructuran la vida social. Del mismo modo, su perspectiva evita las lecturas del marxismo dogmático, el cual entiende que la cultura está determinada directamente por su ubicación en las relaciones de producción, sin mediación alguna. Para nuestros autores la dimensión material y la simbólica son ambas constitutivas de la cultura y, por tanto, indagan no en las determinaciones de una sobre otra, sino en el conjunto de relaciones y mediaciones que rodean, interpenetran, configuran y convierten a un grupo social en lo que es¹⁸. De allí que Hall sostenga que no hay relaciones necesarias, es decir que, no hay garantías de que un grupo social tenga ciertos rasgos culturales por su pertenencia a determinada clase social.

La afirmación de Hall de que “no hay garantías” abre todo un campo de indagación en el que el concepto de articulación es central porque designa las operaciones de poder que vincularon determinados elementos de la realidad y, al mismo tiempo, evidencia que esas conexiones no son predecibles y, al mismo tiempo, podrían ser de otro modo. En este sentido, el “contextualismo radical” de los Estudios Culturales de Birmingham es el que permite desarticular el entramado social que se presenta como natural bajo el concepto de cultura y el que viabiliza las articulaciones posibles entre sujetos y contextos. Las distintas posiciones que se dan en ese campo de contienda en el que se crean las nuevas relaciones, pueden comprenderse a partir del binomio hegemonía y subalternidad que trabajamos en el apartado siguiente.

3. Hegemonía y prácticas culturales subalternas

18 Cfr. Lawrence Grossberg, *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI. 2012.

En las obras que conforman nuestro corpus el concepto de hegemonía no se presenta con esta denominación porque sus autores leyeron a Antonio Gramsci con posterioridad a sus respectivos escritos, por caso fue recién en la década de 1960, a partir de los primeros trabajos de Thompson, que Williams accede a su obra¹⁹. Sin embargo, en cada uno de ellos, es posible examinar un modo de concebirla, así como también a una forma de conceptualizar las prácticas culturales de oposición a dicha hegemonía.

Aquí entendemos a la hegemonía como una determinada “configuración de poder”, esto es un orden de producción de “sentidos comunes y subalternizaciones naturalizadas”²⁰. Ésta fija reglas de juego y limita las posibilidades de los discursos y prácticas de un conjunto social en un tiempo y espacio determinado. En palabras de Alejandro Grimson, ella instituye “un sentido del ridículo para la política práctica y de ese modo coacciona a los movimientos subalternos a actuar dentro de esas fronteras de lo posible”²¹.

Por su parte, las prácticas culturales subalternas son aquellas que pueden leerse en la vida cotidiana de las personas como indicadores de conflictos. Ellas manifiestan formas de resistencia y lucha que se activan en micro-prácticas de la cultura popular, las cuales se dan en relaciones de desigualdad y son, muchas veces, impredecibles. Como sostiene Antonio Méndez Rubio, las prácticas subalternas son aquellas que critican el *statu quo*, desafiando la continuidad con fisuras y prácticas alternativas. En base a estas definiciones, de hegemonía y prácticas subalternas²², entendemos que en nuestro corpus existen referencias a esas configuraciones de poder con diferentes conceptos que dan cuenta de los aspectos en cada autor decide hacer hincapié.

En Williams la hegemonía es concebida a través de la noción de “tradición”, en tanto que lugar donde las clases dominantes no imponen su poder sobre los dominados; sino que allí se da una lucha y selección activa de la historia de un pueblo y sus clases en relaciones de desventaja:

(...) aun dentro de una sociedad en la cual una clase determinada es dominante, es evidentemente posible que miembros de otras clases contribuyan a la reserva común y que esos aportes no se vean afectados por las ideas y valores de la clase dominante o que se opongan a ellos (...). También es verdad que una tradición siempre es selectiva y que este proceso

19 Cfr. Ángel Trigueros, “Antonio Gramsci en los estudios culturales de Raymond Williams”. *Methods*, Revista de Ciencias Sociales, 2 (1). 2014, pp. 8-22.

20 Alejandro Grimson, *Los límites de la Cultura*. Buenos Aires, Siglo XX. 2011, p. 46.

21 Alejandro Grimson, *Los límites de la Cultura*. Buenos Aires, Siglo XX. 2011, p. 46.

22 Cfr. Antonio Méndez-Rubio, “Comunicación, prácticas culturales y subalternidad”. En *Perspectivas de la comunicación*. Vol. 5, Nº 1, 2012 · ISSN: 0718-4867 Universidad De La Frontera · Temuco · Chile. 2012.

de selección siempre tenderá a relacionarse e incluso a ser gobernado por los intereses de la clase dominante²³.

De esta manera, la hegemonía es una disputa entre clases –en relaciones de fuerza desiguales– por instaurar un orden social, un conjunto de valores y significantes, causas y tendencias sociales generales. Es, asimismo, “un complejo efectivo de experiencias, relaciones y actividades que tiene límites y presiones específicas y cambiantes”²⁴, es decir, que la actividad hegemónica consiste en fijar sentidos de lo posible y neutralizar, cambiar y/o incorporar todas aquellas prácticas alternativas que rebasan los límites. Sin embargo, esta tarea de incorporación de las prácticas subalternas “jamás lo es en modo total o exclusivo”, sino que siempre existen formas de oponerse a esa hegemonía o de convivir alternativamente a ellas.

Así, desde el enfoque de Williams la hegemonía permite comprender las distribuciones de poder y la influencia de los actores sociales intervinientes en la disputa por la cultura. Su concepción nos invita a leer tanto las capacidades de reproducir el orden social como de transformarlo. De este modo, su particularidad radica en poner el ojo en los movimientos de reordenamiento de las dimensiones significantes y materiales y en la organización de la relación entre las clases. De allí que proponga estudiar esos procesos de cambio a través de analizar lo dominante, lo residual y lo emergente²⁵ en los procesos históricos de las instituciones y las formaciones culturales.

En la misma sintonía, Thompson denomina “costumbre” al lugar de disputa por la hegemonía, porque es allí donde a través de la experiencia, la cultura plebeya resiste frente a la dominación y brega por lo que considera valioso preservar de su tradición. Él entiende que la hegemonía de una clase sobre otra se configura a través de la organización cognitiva de la vida, que se corresponde con el modo de producción y las formaciones de clase evolucionadas históricamente:

La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que ese expresan estas

23 Raymond Williams, *Cultura y Sociedad*, Buenos Aires: Nueva Visión. 1958, p. 263.

24 Raymond Williams, *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ed. Oxford University - Ed. Las cuarenta. 1980, p. 135.

25 En *Marxismo y Literatura*, un libro en el que Williams hace síntesis de sus ideas previas, propone tres categorías para pensar los cambios en los procesos culturales: lo *dominante*, entendiendo por ello a las prácticas y discursos que reproducen el orden vigente, lo *residual*, que incluye a lo que ha sido formado en el pasado, a lo remanente, pero que se encuentra en el presente como un elemento activo y, por último, a lo *emergente*, que son “los nuevos significados y valores, nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente” p. 145.

experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia no lo está²⁶.

En la perspectiva de Thompson, la clase es “una formación tanto cultural, como económica”²⁷ y, es al mismo tiempo, una relación social compuesta por dos elementos centrales, conciencia y condiciones. De manera que al ser una formación y una relación, la clase es definida por “los hombres mientras viven su propia historia” y, de ninguna manera la hegemonía es una mera imposición de la clase dominante, ni tampoco es una conciencia ideal que se corresponde con el interés de clase al que pertenecen²⁸.

En este sentido, la clase se construye dentro y fuera de la esfera hegemónica, donde “hay innumerables contextos y situaciones en que los hombres y las mujeres, al enfrentarse a las necesidades de su existencia, elaboran sus propios valores y crean una cultura propia, intrínseca a su propio modo de vida”²⁹. Para Thompson esas formas en que las personas se enfrentan a sus condiciones de existencia conforman la “experiencia”, a través de la cual resisten a la hegemonía, no necesariamente innovando, sino muchas veces, recuperando elementos del pasado, esto es, conservando elementos de formación cultural anterior. Así, para este autor, el ejercicio de hegemonía y de activación de prácticas culturales subalternas señalan el conflicto permanente que subyace a toda relación social y las posibilidades no determinadas de modificar las correlaciones de fuerza presentes.

Hoggart, al igual que Thompson, hace hincapié en que la definición marxista-ortodoxa de clase trabajadora no da cuenta de la multiplicidad de hábitos, actitudes, costumbres, valores, creencias, formaciones del mundo, experiencias, consumos y/o gustos que caracterizan la vida de la cultura obrera. En este sentido, él se opone a la idea marxista abstracta del obrero como agente de la historia:

Como este es un ensayo sobre el cambio cultural, mi criterio principal de definiciones serán aquellos rasgos menos tangibles de la vida de la clase trabajadora (...) traté de evocar la atmósfera o la calidad de sus vidas mediante la descripción del entorno y las actitudes. En este contexto puede apreciarse cómo

26 Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid, Ed. Capitán Swing. 1963, p. 28.

27 Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid, Ed. Capitán Swing. 1963, p. 31.

28 Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid, Ed. Capitán Swing. 1963, p. 29.

29 Edward P. Thompson, “Introducción: costumbre y cultura”, en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica. 1990, p. 101.

las ideas mucho más difundidas de las publicaciones masivas se vinculan con actitudes comúnmente aceptadas, cómo modifican esas actitudes y cómo encuentran resistencia (...) los grupos que tengo en mente (...) perciben que son 'clase trabajadora' por las cosas que admiran o que rechazan en términos de 'pertenencia'³⁰.

Su propuesta consiste entonces en estudiar la cultura obrera señalando que hay sectores ambiguos que no necesariamente se definen por sus condiciones estructurales. Esto no es menor ya que rompe con los enfoques teóricos económico-deterministas y, al mismo tiempo, define a las clases como formadoras de una cultura dinámica y cambiante. Desde su perspectiva, las prácticas subalternas serían aquellas que valoran y buscan preservar la tradición frente a la cultura de masas:

Podemos dudar de la calidad de vida de la clase trabajadora actual y en especial de la velocidad con la que parece deteriorarse. (...) y a pesar de que los males contemporáneos que llaman especialmente la atención de un observador externo no pueden soslayarse, sus consecuencias no son siempre tan significativas como podría sugerir un diagnóstico realizado desde afuera, aunque más no sea porque la clase trabajadora aún conserva parte de las antiguas resistencias internas³¹.

En este fragmento las prácticas de resistencia internas a la clase se presentan como de oposición a la hegemonía, entendida esta última como el poder de la cultura de masas para erosionar el auténtico modo de vida de la cultura obrera. En este sentido, la hegemonía es una amenaza externa contra los modos de habla, frases, estilos de vida, dialectos y acentos de la cultura obrera. Sin embargo, aunque la misma se presente como un poder fuerte para socavar la cultura obrera, Hoggart, al igual que los autores precedentes, destaca el valor de la clase trabajadora para preservar su cultura, y por lo tanto resistir, a dicha hegemonía.

En síntesis, sin mencionar explícitamente los conceptos de hegemonía y prácticas subalternas, los tres autores introducen elementos significativos para pensar las relaciones de poder que se ponen en juego en la disputa por lo que se entiende por cultura en un tiempo y espacio determinado. Su aporte radica en que al pensar esas relaciones, figuran escenarios posibles de cambio de aquello que ante el sentido común se presenta como "natural" o como una simple determinación de las condiciones materiales. De esta manera, sus contribuciones permiten ver la impredecibilidad de los discursos y prácticas que entran en juego en la batalla

30 Richard Hoggart, *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2013, p. 46-47.

31 Richard Hoggart, *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2013, p. 41-42.

cultural, sin dejar de contemplar las desigualdades con las que intervienen los distintos actores sociales y sus diferentes niveles de agencia.

En este sentido, las contribuciones de estos autores a los estudios de comunicación y cultura son centrales porque se detienen en las condiciones de posibilidad -“límites y presiones”, en términos de Williams- para que se produzca un cambio cultural. Desde este punto de vista, podemos afirmar que, aún cuando los Estudios Culturales no han sido referenciados como “teoría crítica”, los mismos lo son; en tanto y en cuanto el eje de sus contribuciones originarias persiguen desentramar las relaciones de poder y evidenciar los mecanismos a través de los cuales los actores resisten e intervienen modificando la realidad. Del mismo modo, sus aportes pueden concebirse como teoría crítica de la cultura porque ante la tentación de celebrar cualquier práctica de la clase trabajadora como transformadora, los autores referenciados proponen emplear el binomio hegemonía-prácticas subalternas para dar cuenta de los movimientos de poder que se dan en la disputa por la construcción de sentidos, significados, identidades y modos de ser y estar en la actualidad. No obstante dichos movimientos podrían ser estudiados sólo en sus procesos revolucionarios o de fuertes cambios socioculturales, la propuesta de los Estudios Culturales de Birmingham es ahondar también en las pequeñas acciones, en aquellas “desviaciones” o acciones de la vida cotidiana que no siempre devienen en grandes revoluciones. Como argumenta Lawrence Grossberg, la propuesta de estos autores es analizar lo que las personas intentan realizar aunque “ese intento no siempre equivale al éxito”³².

4. El territorio norpatagónico en clave de los aportes de los Estudios Culturales

Hasta aquí este escrito se propuso recuperar los conceptos claves y revisionar el legado de los primeros exponentes de los Estudios Culturales de Birmingham con el objetivo de pensar de qué manera sus contribuciones teóricas podrían tener utilidad para comprender las prácticas culturales en territorios “periféricos” como el de la Norpatagonia.

Por periféricos comprendemos aquellos espacios que se encuentran alejados de los grandes centros de producción cultural y geopolíticos. Dichos lugares se caracterizan por un acceso remoto y/o desfazado de bienes y servicios culturales. Al mismo tiempo, se encuentran en desventaja frente a las condiciones materiales y superestructurales. Materiales porque la

32 Lawrence Grossberg, *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI. 2012, p. 33.

creación de productos culturales acarrea costos de traslado elevados, pero también porque no pueden gestionar subsidios y fondos del Estado Nacional y/o de organismos y organizaciones internacionales con la misma facilidad que quienes residen en las grandes metrópolis. Asimismo, son espacios con desventajas superestructurales porque los espacios de formación profesional más prestigiosos y los lugares de creación permanente de públicos están alejados físicamente de los productores periféricos.

En cuanto a la noción de territorio, la entendemos, siguiendo a Grossberg, como una maquinaria que produce intencionalmente “una distribución espacial, según una lógica conjuntiva de alteridad (...) y que une de manera conjuntiva acontecimientos en relaciones de proximidad y distancia, lo que define distancias y proximidades, movilidades y estabildades”³³. El territorio se concibe así no tanto como una delimitación geográfica y económica, sino como un complejo entramado compuesto por bienes y prácticas culturales que se interrelacionan con el contexto. Entendiendo aquí al contexto como una unidad compleja, sobredeterminada y contingente y que se encuentra en permanente tensión por las luchas por el cambio, por las disputas por la construcción y apropiación de sentidos, a través de las fuerzas que articulan, desarticulan y rearticulan permanentemente. En esta compleja articulación, las prácticas culturales, tal como lo destacan los autores abordados aquí, ocupan un lugar significativo para la producción de espacios organizadores de poder: “construyen el contexto como una experiencia de poder vivida a diario”³⁴. En otras palabras, el territorio es un modo de configurar las relaciones sociales en un tiempo-espacio determinado, a partir de la unión y la separación de determinados elementos que le van dando identidad al mismo.

Al respecto, Grossberg argumenta:

tanto Williams como Hoggart sostuvieron que el análisis de la cultura nos daba acceso a un tipo único de conocimiento que constituye el territorio como una totalidad vivida. Hoggart lo describió como la sensación de estar vivos en cierto tiempo y lugar y Raymond Williams, como la estructura del sentimiento³⁵.

Aquí recuperamos los aportes de Grossberg para reflexionar sobre el contextualismo radical de los Estudios Culturales y cómo este mismo concepto nos ayuda a pensar el territorio. En este sentido, proponemos pensar un territorio delimitado, cuya localización es la

33 Lawrence Grossberg, *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI. 2012, p. 56.

34 Lawrence Grossberg, *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI. 2012, p. 40.

35 Lawrence Grossberg, *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI. 2012, p. 52.

Norpatagonia en la actualidad del presente siglo XXI, con el propósito de comprender los modos de acceso y participación en la producción y consumo de bienes culturales de los ciudadanos del Alto Valle de Río Negro y Neuquén. Para ello las nociones de cultura, hegemonía y prácticas subalternas que hemos revisado son medulares porque habilitan lecturas de los discursos y prácticas de la vida cotidiana en términos de “no necesaria correspondencia” de clase y con especial atención a las condiciones de desigualdad con la que se realizan. Asimismo, son estos tres conceptos que hemos recuperado los que posibilitan aprehender las formas en que se limita el acceso en las localizaciones periféricas, pero también las maneras de sortear esos condicionamientos.

En síntesis, nuestra propuesta se ha centrado en una reflexión de ciertos conceptos teórico/metodológicos de los Estudios Culturales con la finalidad de actualizar su utilidad para comprender procesos socioculturales en “territorios periféricos”. El desarrollo y la comparación de los aportes de los diversos autores nos permite ahora volver al análisis cultural, prestando especial atención a los conflictos y resistencias, a las prácticas hegemónicas y subalternas. Esto implica concentrarnos en ver los juegos de reproducción e innovación en la producción local, y, buscar explicar los mecanismos a través de los cuales en determinados momentos históricos (como, por caso, la crisis de 2001 con su consecuente impulso a la autogestión) produjo en la Norpatagonia el aumento de formaciones culturales³⁶ novedosas que le dieron voz y visibilidad nacional a algunos hacedores simbólicos “periféricos”.

36 Cfr. Raymond Williams, *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ed. Oxford University. Ed. Las cuarenta, 1980.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ang, Ien (1994). "Cultura y Comunicación: Por una crítica etnográfica del consumo de medios en el sistema mediático transnacional". En *Causas y Azares*, N° 1, Buenos Aires.
- Corcuff, Philippe (2013). *Las nuevas sociologías: Principales corrientes y debates, 1980-2010*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- García Canclini, Néstor ([1990] 2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Barcelona, Ed. Paidós.
- Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la Cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Grossberg, Lawrence (2012). *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Hall, Stuart ([1980] 1994). "Estudios culturales: dos paradigmas". En: *Causas y Azares*, Año 1, N° 1, Buenos Aires, pp. 27-4.
- (1984). "Notas sobre la deconstrucción de lo popular", en Samuels, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica.
- Hoggart, Richard ([1957], 2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Martín-Barbero, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, Cultura y Hegemonía*. México, Gustavo Gili.
- Méndez-Rubio, Antonio (2012). "Comunicación, prácticas culturales y subalternidad". En *Perspectivas de la comunicación*. Vol. 5, N° 1, 2012 · ISSN: 0718-4867 Universidad De La Frontera · Temuco · Chile.
- Morley, David (1996). *Televisión, Audiencias y Estudios Culturales*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Silverstone, Roger (2004). *¿Por qué estudiar los medios?*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Thompson, Edward P. ([1963], 2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid, Ed. Capitán Swing.
- (1990). "Introducción: costumbre y cultura", en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica.
- Trigueros, Ángel (2014). "Antonio Gramsci en los estudios culturales de Raymond Williams", en *Methodos, Revista de Ciencias Sociales*, 2 (1), 8-22.
- Vich, Víctor (2014). *Desculturizar la cultura: La gestión cultural como forma de acción política*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Williams, Raymond ([1958], 2001). *Cultura y Sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión.

----- ([1980], 2009). *Marxismo y literatura*. Barcelona, Ed. Oxford University - Ed.

Las cuarenta.